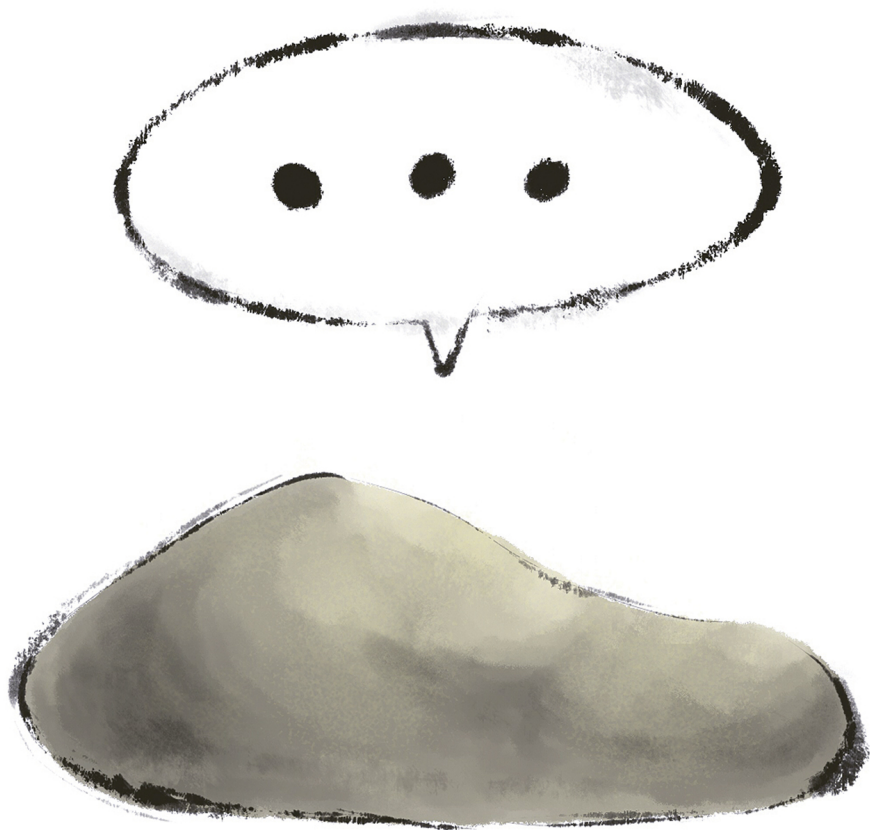




EL HOMBRE Y LA PIEDRA

Carlos J. Díaz



EDITORES



EL HOMBRE Y LA PIEDRA

Carlos J. Díaz ©
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2018.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9781980848035
Depósito Legal: ZU2018000075

Diseño de portada:

Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:

Sultana del Lago Editores

www.sultana.com.ve
+584246723597

Queda prohibida la reproducción y/o comunicación no autorizada con excepción de los casos que impone la Ley sobre el Derecho de Autor en sus artículos 43 y 44. Cualquier individuo u organización que incurriere en el uso no autorizado del contenido de este libro, podría ser castigado de 6 a 19 meses de cárcel según lo establecido en el artículo 119 de la Ley sobre el Derecho de Autor, además de acarrear responsabilidades civiles.

EL HOMBRE Y LA PIEDRA

Carlos J. Díaz

El hombre y la piedra I

El hombre se sentó junto a la piedra y le preguntó su nombre. La piedra, naturalmente, no respondió.

—Yo sé, yo sé —le dijo el hombre —te llamas piedra. Pero te llamas piedra sólo porque nosotros te llamamos piedra. No te puedes llamar piedra en español, *rock* en inglés, *pierre* en francés y quién sabe qué otros miles de nombres en otras miles de lenguas. No, ese es el nombre que te pusimos nosotros —le explicaba el hombre agitando las manos —pero no puede ser el nombre verdadero.

—... —La piedra permanecía inmutable.

—Está bien, está bien. Si no quieres responder no respondas —le dijo el hombre —mi nombre es Juan. Juan Augusto. Mucho gusto. Sí, porque hace rima, Augusto, gusto... en fin —explicaba mientras miraba a la piedra, —verá, es complicado hablar con usted si no sé su nombre. Yo sé que tiene usted una costumbre, una tradición más bien, por no hablar con nosotros los que, bueno, nos movemos. ¿No podría hacer una excepción —insistía el hombre —y decirme su nombre?

—...—Y la piedra permanecía ahí.

—Está bien, piedra, *rock*, *pierre* o quién sabe qué nombre. Me quedaré por aquí como usted, si no le molesta. Pero desde ahora olvide que me llamo Juan. Me quedaré aquí, con

Carlos J. Díaz

usted, como usted, pues, sin nombre.

—...—Seguía la piedra.

—...—Respiró el hombre.

El hombre y la piedra II

En la noche, el hombre volvió al peñasco.

—Se aprende mejor por la experiencia ajena, Señora Piedra, así que hagamos esto —dijo el hombre mientras se quitaba el sombrero, se agachaba, tomaba la piedra, y la lanzaba al mar. Entonces, cuando la piedra no fue más que un chapoteo, el hombre gritó —¡Cuénteme, Sra. Piedra, qué tal se siente el mar!

—... —Informó la piedra.

El hombre y la piedra III

Vuelve el hombre y su sombrero a encontrarse con la piedra, esta vez en la orilla del mar. Se sienta junto a la piedra y vislumbra a lo lejos, en la línea del horizonte, un barco que navega pacíficamente bajo las nubes. Seguido de esto, un viento obstinado rompe las velas del barco y lo sopla como sopla uno el polvo de los libros viejos que quiere volver a leer. "Tan convencido de navegar que se veía el barco" piensa el hombre y dice:

—Ya ve, Señora Piedra. El viento no es muy gentil con las convicciones ajenas. —Dicho esto observa la piedra. La observa bien. Se quita el sombrero y se lo pone a la piedra. Observa ahora a la piedra con sombrero y dice —ya veo, Señora Piedra. Usted tampoco.

El hombre y la piedra IV

En pleno sol la piedra parece tomar un descanso cuando el hombre llega. Éste, resuelto, se sienta junto a ella. Todo está blanco, muy blanco. Como si al cielo se le hubiera derramado la tempera blanca sobre la tierra. Así de blanco.

—Usted está muy blanca hoy, Señora Piedra. Casi no la puedo ver —dijo el hombre, viendo, con ojos entornados, la blancura que se desprendía de la piedra. También observa todo su entorno. —La verdad es que no es sólo usted. Todo está blanco. Muy blanco. Como si al sol se le ocurriera, de repente, a pleno día, prender todas las luces.

Luego de mucho observar a la piedra, al mundo, a las dos cosas que no tenían punto divisorio, lo entendió.

—Ya lo entendí, Señora Piedra. Usted es blanca. Muy blanca, hasta que apagan la luz.

Entonces, el hombre, al levantarse e irse, apagó la luz; pero no terminó de irse. Se volvió hacia la oscuridad, caminó, tanteó un poco, y se sentó junto a la piedra negra a comer un repentino ponquecito.

—Usted está muy negra hoy, Señora Piedra.

El hombre y la piedra V

Se acerca, con gran determinación, el hombre a la piedra.

—¡Ya lo sé! ¡Lo he descubierto!—gritó el hombre a la piedra, como quien grita Eureka, y la señala —¡Usted, Señora Piedra, es una piedra! No es una metáfora, no un concepto. Es una simple piedra ¡como cualquier otra!

—... —dijo la piedra, que parecía indiferente ante aquel discurso.

—Oiga, al menos diga algo. ¡Defiéndase! Sino, no me quedará de otra. Tendré que asumir que usted es una piedra. Sólo una piedra, una simple piedra.

—...

—Sin ideas —continuó el hombre —sin nombre, sin nada. Sólo una piedra que seguirá siendo piedra hasta la eternidad —espetó el hombre cruzando los brazos y asintiendo con gran resolución. Pero la piedra no dijo nada. —Oiga, no puede ser que no se defienda ¿Que no ve que la estoy insultando? ¿Que le digo que usted no es metáfora, ni concepto, ni idea, ni nada? ¿Que no será más nada que una piedra y sólo una simple piedra hasta la

eternidad?

Pero la piedra seguía inmutable ahí, estática, diciendo tanto como las montañas, como los árboles, como los lagos. El hombre, entonces, molesto, empezó a caminar de un lado a otro, soltando soplidos de furia. No podía soportar la tranquilidad de la piedra, y entonces soltó.

—¿Sabe qué? ¡Usted es una pesada! —y la pateó. Y saltó de dolor, y se quitó el zapato, y se masajeó el lastimado pie. Efectivamente, la piedra estaba pesada, llena de contenido que permanecía escondido hasta encontrarse con el pie del hombre que, ante todo esto, se convenció y sentenció resignado: —Usted es una puta metáfora.

—...—dijo, burlona, la piedra.

El hombre y la piedra VI

Agarrando el sombrero por sus alas, el hombre se acerca a la piedra. La mira, vacila un poco sobre si sentarse a su lado o no y, finalmente, resuelve sentarse.

—¿Qué tal se encuentra, Señora Piedra?—Le dijo el hombre a la piedra bajo el manto del cielo nocturno. —Pasaba por aquí y me preguntaba si usted, ahí donde está, estaba mirando hacia alguna parte. Usted sabe, mirar hacia algún lado.

La piedra, por supuesto, no respondió. Ni respiró, ni se movió.

—Es que, llevando tanto tiempo ahí donde está, pensándolo bien, debe aburrirse. ¿Todo el día ahí, estando, y ya? Debe estar usted mirando a alguna parte, algo divertido, algo que cambie constantemente. Como los peces allá a lo lejos en el mar, o quizá a nosotros, los hombres, que hacemos tantas cosas divertidas ¿Ya conoce usted la televisión? —Le preguntó el hombre a la piedra y esperó respuesta. En vista de que la piedra hizo silencio, el hombre supuso que no, que la piedra no conocía la televisión —Es una cosa de lo más divertida, Señora Piedra. Es como ver hacia donde sea que usted está viendo, así, igual, pasan cosas y todo. Sólo que se ve

en una cajita, como si colocáramos un marco a su vista, verá, así —le dijo el hombre mientras, con sus manos, hacía un pequeño cuadrado y lo colocaba frente a lo que supuso era la cara de la piedra —¿Lo ve? ¿No es divertido?

Y la piedra se movió. O la movieron, pues un topo descubrió, justo debajo de la piedra, una salida posible a su túnel. Dio una husmeada alrededor y luego volvió a la oscuridad, dejando el pequeño hoyo, y a la piedra boca arriba.

—¡Qué inoportuno y maleducado topo! ¿No le parece, Señora Piedra? —Le dijo a la piedra, preocupado, el hombre. Luego volteó la cabeza para ver el cielo, justo al punto a donde, supuso, estaría la piedra mirando ahora. Había muchas estrellas esa noche. El hombre sonrió —Ya veo cómo es que se entretiene, Señora Piedra, —le dijo el hombre— mientras, con los dedos, hacía la misma figura cuadrada y la colocaba frente a sus ojos —qué buen canal.

El hombre y la piedra VII

Invitó el hombre a la piedra a una gran fiesta. Fue toda clase de hombres, mujeres y animales. Llevaron licores, música y malabares. El hombre colocó a la piedra en el centro de la mesa de la sala y se fue a atender, despreocupado, a sus invitados más animados. Hicieron toda clase de desastres.

En la noche, antes de dormir, el hombre había despedido a todos sus invitados. A los animales, a los hombres y a las mujeres. No quedó nadie, excepto la piedra, que quedó ahí, en el centro de la mesa de la sala, donde la había dejado el hombre. Alrededor de la piedra también reposaba el caos. Botellas rotas, ropas rotas, dignidades rotas, y papitas fritas regadas por aquí y por allá. "No importa" pensó el hombre, "ya me ocuparé del caos, y de la piedra, por la mañana"; y se fue a dormir.

En la mañana, para sorpresa del hombre, todo estaba en perfecto orden. No, no se había recogido las botellas, no. No, no se había recogido las ropas, no. No, no se había recogido las dignidades, no. No, no se había, ni siquiera, recogido las papas fritas, no. Pero la piedra seguía ahí en el centro.

Y al lado de la piedra: un ponquecito que nadie advirtió la pasada noche.

El hombre y la piedra VIII

Meditaba el hombre, frente a la piedra, sobre la naturaleza del bien y el mal. Específicamente reflexionaba sobre si la piedra era buena o mala. Como no quería perder el tiempo preguntándole a la piedra ya que ésta es una maleducada que nunca responde, le preguntó al primer viejo que pasaba por ahí. No cualquier viejo, claro. Uno con barba: signo de sabiduría y experiencia.

—Oiga —llamó el hombre al anciano —, sí usted. Venga acá un momento. Necesito su ayuda para resolver un asunto de suma importancia.

El viejo, sin decir nada, se acercó. Observó al hombre como estudiando su naturaleza y, como si hubiese descubierto algo bueno en él, conforme, se sentó a su lado. El hombre entonces le dijo:

—Verá. Reflexionaba sobre la naturaleza del bien y el mal. Específicamente quería resolver la duda sobre si esta piedra que usted ve aquí es una piedra buena o mala.

El viejo observó a la piedra, sonrió, y de su chaqueta sacó una botella de ron. Acto seguido, destapó la botella y vertió algo del líquido que contenía sobre la piedra. La piedra, bañada en licor, seguía ahí.

—Es una piedra buena —sentenció el anciano. —Comprenderá, las piedras malas pesan en el corazón; y bañadas en licor, aunque sea por un momento, dejan de existir.

Dicho esto, el hombre se bañó en licor y, tras esto, el mundo dejó de existir sólo por un momento.

—Qué mundo tan malo ¿No, Señora Piedra?

—...—afirmó la piedra.

El hombre y la piedra IX

El hombre había descubierto que la piedra estaba justo en el medio de una línea fronteriza. Preocupado por los problemas burocráticos, pragmáticos y políticos que esto podría traer a la piedra fue a tratar de convencerla de que se moviera.

—Señora Piedra, preocupado por usted vengo a tratar de convencerla de que se mueva, porque el lugar donde está puede suponer para usted terribles vicisitudes pragmáticas, políticas y burocráticas; y a usted nunca le ha ido muy bien con el papel. Así que, para su bienestar, le recomiendo que se mueva, un poquito más allá, o un poquito más acá; a donde usted quiera, pero que se mueva. La piedra, evidentemente, no se movió.

—Me lo suponía, Señora Piedra, —dijo el hombre—que usted sería como mi abuela, que nunca quiso moverse de su casa a pesar de la millonada que le daban por ella. Imagínese usted, no quererse mudar por el simple hecho de mantener recuerdos. Las paredes están muertas, son de piedra, ¿no?—inquirió el hombre a la piedra, con vergüenza, por lo que acababa de decir. Entonces trató de remendar: —Lo que pasa, Señora Piedra, es que una vez puestas en la pared, ustedes como que se mueren. En cambio, puestas ahí, donde está usted, está como más viva. Más en lo suyo, pues. En su ambiente. El prob-

lema es que ese ambiente es controversial, y podrían terminar moviéndola, a otro lugar, a una pared, por ejemplo. ¿Ve, Señora Piedra? Tiene que moverse.
Pero la piedra seguía sin moverse.

—Ni modo. Tendré que resolver yo, como siempre.

Entonces el hombre se levantó, buscó en su casa un par de latas de pintura, fue donde la piedra y pintó la mitad que estaba en su nación del color de la nación; luego pasó la línea fronteriza, dejó unas monedas en el suelo a modo de peaje, y pintó la otra mitad de la piedra con los colores de la nación vecina. Cuando hubo terminado volvió a cruzar la línea, no sin pagar peaje, y se sentó junto a la mitad de la piedra de su nación.

—Creo que la llamaré Berlín.

—...—Refutó la piedra.

El hombre y la piedra X

Dejaba el hombre a la piedra luego de una amena conversación unidireccional cuando se armó un revuelo: cuatro hombres se acercaron a la piedra. Tres de ellos, robustos y de mediana edad, sostenían al cuarto, joven y delgado, por el cuello. Acto seguido el hombre más grande tomó la piedra y se la mostró al joven gritando cosas ininteligibles. No parecía querer comunicarse con las palabras, sino con los resoplidos, con las brusquedades, con los balbuceos. Desde el punto de vista del testigo parecía una escena de resolución: un posible ladronzuelo/criminal ha sido atrapado por tres amigos de la víctima, y ahora intentan resolver la venganza. Finalmente resuelven, el más robusto alza la piedra sobre la cabeza del joven, y la deja caer. El muchacho se derrama en el suelo.

“¿Qué es la piedra, entonces?” pensó el hombre, que lo vio todo. “¿La justicia, la venganza, la ira? ¿El peso de las cosas, la culpa, las ideas? ¿El paso del tiempo, las consecuencias, comida?” Y mientras pensaba todo esto se acercó a la escena, al joven derramado, a la piedra. Tomó la piedra, la limpió un poco, y se la llevó corriendo.

—En qué problemas se mete, Señora Piedra. Ahora la buscará la policía. Y Dios no quiera que encuentren en el cráneo sus huellas dac-

Carlos J. Díaz
tilares.

Pero la piedra, como de costumbre, no respondió.

“No le preocupa” pensó entonces el hombre.
“Y la entiendo. Así es como se resuelven las cosas en realidad. Les dejas caer una metáfora en la cabeza, y si no la aguantan, se derraman en el suelo”

El hombre y la piedra XI

LO REVENTARON DE UNA PEDRA'A

<<Ayer por la tarde, entre las calles 72 y 73, en la avenida 9, se encontró el cadáver de un joven raterito que encontró su suerte al intentar robar un taxi, según testigos del hecho. "Bueno, yo lo que vi fue que al chamito lo agarraron entre tres taxistas, los tres mamaru'os, y le estaban gritando, pues. Lo tenían agarra'o por el cuello y le gritaban. Yo creo que el chamito quería robarse uno de los taxis esos que estaban estaciona'os. Entonces los taxistas lo agarraron, y lo reventaron de una pedra'a, pues. Bien merecido que lo tiene, es que ya no se puede" afirmó uno de los testigos que pidió protegiéramos su identidad. Al raterito lo trasladaron al Hospital Universitario, donde después de unas horas murió. Los familiares piden justicia. La policía afirma que intentará buscar a los taxistas para que respondan por los hechos...>>

—¡Qué alivio, Señora Piedra! No sospechan de usted, —dijo el hombre secándose el sudor de la frente y doblando el periódico — podemos salir del escondite. Y usted, señora manta raya, —dijo el hombre a la manta raya —muchas gracias por la ayuda. Sabíamos que después de todo lo que usted ha vivido

Carlos J. Díaz

podíamos contar con usted.

Y así la manta raya se fue a nadar por otros mares en Australia.

El hombre y la piedra XII

Tras tres tristes puertas se encuentra el hombre que ve a la piedra y le pregunta:

—Señora Piedra ¿Qué es la felicidad?

Y la piedra no hizo nada. Pero debajo de la piedra el hombre advierte una papa frita. Como recién creada, como recién dejada. Como recién inventada. La toma, la muerde.

—Ah, ya veo, ya veo —dijo el hombre.

Entonces, sobre la piedra, resbala la salsa de tomate y se derrama en el suelo.

El hombre y la piedra y la mujer.

“¿Y cómo nació la piedra?” Pensó el hombre. Entonces, la mujer, resolvió el asunto. Dio tal patada al estómago del hombre lo que lo hizo vomitar, tras dolorosas arcadas, una piedra.

El hombre, la piedra y el destino.

Un día el hombre quiso saber su destino y decidió consultárselo a la piedra. Pero como de antemano sabía que ésta no le respondería, se llevó consigo un pincel y un potecito de tinta específicamente china. Al llegar encontró a la piedra tal y como la había dejado la vez anterior y, sin ninguna cortesía, la pintó con una serie de símbolos arbitrarios que sentenció eran signos del destino: Flechas, espirales, círculos, cruces, triángulos, una manzanita mordida y una M de Mc Donalds. Una vez hubo terminado, tomó la piedra, la lanzó y observó su caída. Como no le gustó la manera en que cayó, la movió un poco, hasta dejarla con los espirales al aire. Procedió entonces a leer a la piedra.

Viendo que su destino era bueno, sonrió, acarició a la piedra, y se marchó.

El hombre y la piedra (y la mujer) II

“¿Y cómo nació la piedra?” pensó, de nuevo, el hombre; tras lo cual resolvió el asunto. Le dio tal mal beso a la mujer que ella, tras violentas arcadas, vomitó una piedra.

El hombre y la piedra binaria.

El hombre dobla en la esquina y se encuentra a una pareja lanzándose piedras. Se preguntó entonces si alguna de esas piedras sería aquella con la que él siempre habla, así observó: La primera no era, la segunda tampoco, la tercera sí, la cuarta no, la quinta sí, la sexta sí, la séptima sí y la octava no. Convencido de que estaba ante un código binario fue a su casa y buscó el teclado de su computadora, regresó al punto en donde estaba antes la pareja lanzando piedras y se sentó. Seguidamente conectó el teclado en el puerto usb del aire y escribió:
Al menos ahora sé que su nombre es 00101110.

El hombre y la piedra y el chisme.

Una piedra parece decirle a la otra piedra que la piedra de al lado le dijo piedra a la piedra. En eso el hombre entra en plena silente discusión y aporta: que la piedra no debió haber llamado piedra a la piedra, pero que la piedra hizo mal al irse con el chisme a la piedra afectada, en vez de reclamarle a la piedra que en un principio le dijo piedra a la piedra.

Pero la piedra tranquilamente le explicó al hombre:

Entonces el hombre entendió que las piedras no hablan.

El hombre, la piedra y el bloqueo

“Quiero escribir pero me sale espuma” le dijo el hombre a la piedra, con un cuadernito muy feo en una mano y un lápiz en la otra. “¿Será que necesito una posición más de escritor?”

Entonces el hombre adoptó una pose más de escritor, tal como él los veía: mirada lánguida que mira la profundidad del mar en un cuadrito de 30 x 30 colgado en la pared, preparado para escribir los versos más tristes sobre tristes tigres en un trigal de espejos esta noche en un lugar de la manchada vida de cuyo nombre, dice, no quiere acordarse. Entonces se dispuso a escribir. Luego intentó escribir.

Finalmente trabajó en escribir un poco más. Pero nada.

Volvió a su piedra, y le dijo: “Quiero escribir, pero me salen piedras”

Entonces la piedra escribió El Ulises en tres puntos imaginarios que se desvanecieron en el aire.

El hombre y la piedra (en el zapato)

Después de tanto andar quiso el hombre sacarse la piedra del zapato. Pero al descalzarse descubrió que dentro de su zapato sólo había un hombrecillo, mínimo, igual a él, que también se descalzaba y veía dentro de su zapato a un hombrecillo, más mínimo, igual a él, que al descalzarse descalzaba al mundo que, sin zapatos, era una piedra.

El hombre, la piedra y el razonamiento.

Porque la cosa es más sencilla de lo que parece: tú ves a la piedra y dejas el pensamiento en una maleta que se te quedó en el aeropuerto. Entonces describes lo que está alrededor, el suelo que sostiene a la piedra, el cielo que sostiene la piedra, las sombras que arropan a la piedra y sus árboles que hacen de vecinos. Al fondo ves un mar cualquiera —puede ser el rojo o el azul, el muerto o el vivo, o el coleado, si usted prefiere —que sirva de tramoya visual y sonora. Delante, arenita, quizá otras piedras de coro, gramita, lo que complete el combo que compró. Bien, ¿Listo?, ahora deshágase de lo innecesario: del coro porque los solistas son mejores, del fondo porque es musiquita odiosa de ascensor y usted no está ascendiendo —digo yo —, se deshace de los vecinos porque sólo sirven chisme cuando no hay internet, de las sombras porque ya no necesita más sombras, del cielo porque no tiene porqué sostener nada, del suelo porque —a ver, a ver, ¿cuál es el miedo? —sí, porque sí, porque ha dicho sí. Y ahora también deshágase del sí, de esto, de lo que he dicho y lo que usted ha dicho. Deshágase de lo dicho y lo entredicho. Listo. Queda la piedra, y su eco la piedra, y su eco la piedra. ¿Entendió? ¿Dio? ¿O? —...

El hombre y la piedra, naranja.

La piedra no dijo nada cuando el hombre se acercó, se sentó a su lado y anunció:

—Quiero estar vivo.

Como la piedra mantuvo su silencio, el hombre continuó:

—Quiero volver a sentir la sorpresa, sentir las cosas en la viva piel viva por siempre, sentir la brisa en mi cara, sentir la maravilla de poder amanecer, de poder existir. Sentir, por ejemplo, este ocaso. Todos los días se oculta el sol y es un espectáculo maravilloso ¿Sabía, Señora Piedra?

—...

—Claro que ya sabía, usted está aquí todos los días. Claro. Pero yo no. Nosotros, los hombres, no. Vivimos los ocasos y el primero nos sorprende, el segundo nos alegra, el tercero es el fondo de otros eventos menos importantes a nuestro parecer. Ya, en este sol, no recordamos a aquel primero que vimos ocultarse. Quiero estar vivo, quiero sentir el ocaso. ¿Ha sentido el ocaso últimamente, Señora Piedra?

Pero la piedra, naturalmente, no dijo nada. Se conformó, aparentemente, con ser naranja a

esa hora de la tarde. Naranja, como la arena es naranja, como el árbol es naranja, como las nubes son naranja y hasta el indudable azul del mar duda en lo naranja. Entonces, el hombre, también naranja, deseó:
—Ojalá pudiera ser anaranjado.

El hombre y la piedra, y la razón.

—¿Cuál es la última razón de todas las cosas?

—Le preguntó el hombre a la piedra, a lo que la piedra respondió:

—Simple. Parece un asunto más complicado que complejo. Puedes encontrar similitudes con el argumento no lineal del pensamiento, reflejado en el Ulises, oh gran obra de la literatura occidental. También podríamos entender la rebelión de Madame Bovary en su interesante y velada forma de feminismo. Pero esto es una vorágine, que absorbe la existencia, aunque bien conviene pensar en Sartre, cuando jugaba metras con Nabokov. Einstein lo hubiese dicho mejor, si no hubiese estado debajo de la silla de todo el pensamiento chino, rojo o americano; que son la misma cosa, como bien sabrás. Venezuela tiene mucho que aportar a todo esto: un gran retrete universal en donde el salto Ángel siempre se está dando bomba. Es como la religión, pues. Que te marcan con la cruz de Lao Tsé para prenderle una velita al muñequito de Vudú. ¿No lo habías pensado? ¿Nunca? ¿No habías visto la alterna alegoría recalci-trante hermenéutica mayéutica pasteurizada de la papa frita existencial?

Sorprendido, el hombre miró a la piedra, miró

entonces al sapo al que acababa de lamer,
miró a la piedra, pasó el efecto de la lamida,
miró a la piedra de nuevo quieta en su silencio
y, luego, concluyó:

—Oh, mierda

El hombre, la piedra y la decisión.

El hombre con sombrero salió una noche a buscar a su piedra. Pero se encontró con una sorpresa: ahora había dos piedras. Quería hablarle a la piedra pero ¿A cuál piedra le hablaría? ¿Cuál de las dos sería, de hecho, su piedra? Entonces tuvo que decidir: le hablaría a la piedra, o le hablaría a la piedra. Pensó y pensó, luego pensó un poco más y decidió.

—Buenos días doña Piedra ¿Qué tal le va? —
Le preguntó el hombre al espejo.

.ojepse le ne ardeip al óidnopser —...—

El hombre, la piedra y la rana

Ya llevaba rato el hombre sentado, pacíficamente, junto a la piedra, cuando una rana llegó dando brincos desordenados y se sentó junto a ellos. A la piedra parecía no importarle, pero el hombre estaba bastante incomodado por la presencia de la rana. A pesar de esto, el hombre no dijo nada; se quedó esperando a que pasara el mundo.

Entonces la rana croó, el hombre la miró, y la piedra siguió ahí. El hombre se paró, la rana se fue dando sus mismos brincos, y la piedra no hizo nada.

—¿Y usted se va a quedar así? ¿Tan tranquila? ¿Después de lo que dijo esa, esa, esa rana? —Inquirió, furioso, el hombre —¿Va a dejar que se vaya habiendo dicho tales sandeces sobre usted?

La piedra no dijo nada. Estaba blanca, con polvito, gramita, y grietas que la paciencia seguramente había hecho en ella con el paso de los siglos.

—No puedo soportarlo. ¡No soporto la injusticia! Esa rana envidiosa ¡verde de envidia! Por eso dice lo que dice; —espetaba el hombre moviendo mucho las manos

—por eso croa como, pues, sí, como rana. Como una rana verde de envidia. Prefiero las amarillas, o las venenosas, esas al menos van

directo al grano, sueltan su veneno y ya. No andan croando y saltando por ahí.

Al decir esto el hombre se vuelve hacia la piedra, la observa, la toma alzándola hasta la altura de su cara y le pregunta de nuevo:

—¿Pero es que en serio no hará nada después de tales insultos, Señora Piedra?

Pero la piedra no dijo nada, y justo cuando el hombre estaba a punto de volver a poner la piedra en su lugar, se dio cuenta de que, debajo de la piedra, descansaban los huesos de algún animalito, quizá un anfibio, pájaro, anfibio que se convirtió en pájaro o viceversa. Entonces el hombre dejó a la piedra en el suelo, al lado del cadáver.

—Ya entendí, Señora Piedra —dijo el hombre con una sonrisa —¿Por qué se preocuparía usted? Hagan los que hagan las ranas, los animales, los hombres; será siempre usted la que termine sobre nosotros.

Finalmente el hombre escribió en la panza de un pingüino: “Al saltar, será que la rana cree que el mundo se aparta de ella, pero es ella quien, en cada brinco, se aparta del mundo.” Con lo que el pingüino llevó tal importante pensamiento, al excelentísimo círculo de pensadores del polo sur.

El hombre, la piedra, y la semilla

Se acerca el hombre a la piedra y le siembra una semilla en el tope. A duras penas siembra la semilla, con paciencia presionándola contra la dureza de la piedra hasta finalmente fracturarla y dejar ahí su misión. Al siguiente día la regó, la cuidó, la observó; pero ninguna flor creció.

El tiempo pasó, el hombre ya ha muerto, pero la piedra sigue ahí, sin ninguna flor.

El hombre y la piedra, y la culpa.

—Juro por mi vida que yo no hice nada, —le dijo el hombre a la piedra —estas manos se ensuciaron cuando me caí, allá en las escaleras para subir a acá

—...—pero la piedra no dijo nada.

—¿Es decir... que no le importa que tenga las manos manchadas de sangre? ¿No teme que pueda ser un asesino? —Preguntaba ansiosamente el hombre a la piedra —¿Un ladrón desalmado interesado sólo en sus pertenencias?

—...—y la piedra seguía sin responder.

—Bien. —Dijo el hombre. —Muy bien —aseguró,—me quedaré aquí, tranquilo, con mi inocencia. Sí.

—...—mas la piedra no opinó. Ante el silencio, y la necesidad de mirar a todas partes, el hombre se quebró.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Yo lo hice! —gritaba sollozando el hombre —¡Yo soy el culpable —lanzaba alaridos,—yo! ¡Yo fui quien lo mató!

Salieron los policías, arrestaron al hombre y se lo llevaron. Desde entonces la piedra ha

dicho los nombres de todos los culpables del mundo, pero nadie ha podido arrestar al silencio.

El hombre y la piedra que se sirve fría.

La mujer se acercó a la piedra porque el hombre le había dicho que ésta daba muy buenos consejos y ahora ella necesitaba uno: había sido abandonada, otra vez, por otro de los idiotas que se conseguía para jugar a la parejita.

—Entonces piedra ¿Qué dices? —Le preguntó la mujer a la piedra luego de actualizarla con todo el cuento, del marrano, que si le hizo esto, lo otro, las papas y las fritas.

—... —aconsejó la piedra, a lo que el hombre agregó:

—¿Ve usted, dama, que esta piedra da los mejores consejos?

—Claro, ya entiendo. —Sentenció la mujer mientras tomaba la piedra, se despedía del hombre, secaba sus lágrimas e iba en busca del idiota.

El siguiente día el hombre lamentó encontrar al pobre diablo tirado en la calle, sin memoria, sin comida y sin la piedra cuyas marcas dejaron tres puntos en su cabeza suspendida.

El hombre, la piedra y las redes sociales

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su facebook. La piedra no respondió.

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su myspace. La piedra no respondió.

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su linkedin. La piedra no respondió.

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su correo. La piedra no respondió.

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su twitter. La piedra no respondió.

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su gmail. La piedra no respondió.

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su buzz. La piedra no respondió.

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su blog. La piedra no respondió.

Le preguntó el hombre a la piedra que cuál era su tumblr. La piedra no respondió.

A pesar del claro mensaje, el hombre no entendió: siguió a la piedra en facebook, myspace, linkedin, correo, twitter, gmail, buzz, tumblr, y blog; de los cuales copió todo punto suspensivo, mas nunca estuvo seguro de si esa piedra que seguía era la piedra que quería seguir: Nombres tan comunes confunden.

El hombre, la piedra y el twitter

El hombre quería hablarle a la piedra en 140 caracteres, pero a la piedra le bastaron tres.

El hombre y la piedra y el pingüino

—Que no puedo darle de mi comida, señor pingüino —dijo el hombre en la tina, comiendo su hamburguesa. —Es mía, y tengo mucha hambre.

El pingüino observaba, con mirada de perrito regañado, al hombre en su tina. No se bañaba, para él el agua estaba en extremo caliente, sólo quería un mordisquito de la comida que el hombre comía en su tina. Uno solo, de hamburguesa, de papas; hasta un sorbo de la bebida sería bueno. O al menos eso pensaba el hombre que, en su tina, rehusaba de la propuesta hecha por los ojos del pingüino y decía:

—No me mire así. Además, esta hamburguesa es de carne, no de pescado. Usted come pescado, no carne, y aquí no hay ningún pescado. Sólo usted y yo, y la comida claro.

—Pero el pingüino no se movía. Finalmente el hombre sucumbió ante la mirada del pingüino y dijo: —Oiga, hagamos algo. No le puedo dar hamburguesa, porque es pequeña y tengo mucha hambre. Pero puedo darle un poco de papas fritas.

Feliz, el pingüino se acercó a las papas. Picoteó una que otra papa, y luego se fue, dejando al hombre solo en su tina, con los dien-

Carlos J. Díaz

tes adoloridos, por intentar comer una piedra.

El hombre, la piedra y la autoayuda.

El hombre se acerca a la piedra con un libro en la mano. Se puede leer en su título “Espíritu de piedra: saca la piedra que hay en ti”.

—Mire, doña Piedra. Al fin voy a poder comprender sus mensajes. Es más, voy a poder responder como usted. ¡Seré una piedra! ¿Qué opina? —Preguntó el hombre arropado de victoria.

—... —respondió la piedra

Molesto, el hombre se fue con su libro en mano, con toda la disposición de leerlo.

Lo leyó, aprendió a responder como una piedra ante todas las situaciones, y se sintió feliz y piedra, sólido, inmóvil, imperturbable.

Al siguiente día volvió el hombre a la piedra, orgulloso y deseoso de mostrar su recién adquirida piedritud. Pero la piedra no dijo nada a lo que el hombre pudiera responder. Ante el silencio de la piedra, el hombre sintió como si su silencio no fuera respuesta a ningún mensaje, más bien sintió que el silencio de la piedra era respuesta a su silencio. Alterado, se levantó, miró a la piedra con desdén y envidia, buscó su libro, y fue al baño más pobre que encontrara en la playa.

En el baño, el hombre encontró el papel del papel de la autoayuda.

Al ver el libro, con las hojas arrancadas, el hombre respondió autoayudado:

—...—

El hombre y la piedra y el haiku

Quiso el hombre escribir un haiku sobre la piedra, así que fue hasta donde ella estaba y se sentó. Seguidamente la observó, la observó más, un poco más, más, hasta que supo que se iluminó. Entonces escribió:

Amanece ya
La piedra ...
¿Ruido en el agua?

Y no supo terminar. Pensó entonces que quizá la iluminación fuera otra cosa, que esperar en la noche hasta que repentinamente amaneciera en el cielo no iba a hacer que amaneciera en su corazón, si es que la iluminación era tal cosa. Se sintió estúpido de ser hombre, así que trató de no ser hombre. La piedra entonces le pareció una piedra, y no más. Resignado, soltó.

Amanece ya:
Una piedra a mi lado
No es una rana.

A lo que la piedra respondió
...
.....
...

El hombre y la piedra, y la sabiduría.

Sería tonto, pensó el hombre, preguntarle a la piedra el sentido de la vida: ella le respondería con el silencio expresivo con el que siempre responde. Lo peor, el hombre sabría que en ese silencio estaría la respuesta infinitamente indescifrable a su pregunta, por lo que quedaría en las mismas, ahí, sentado, pretendiendo saber lo que no sabe, tal cual idiota. Por eso no le preguntó.

Pero al no preguntarle se encontró, aterrorizado, con el mismo silencio: la piedra, ante ninguna pregunta, no respondió nada, lo que dejaba al hombre en las mismas, ahí, en silencio, creyendo no saber lo que sí sabe, tal cual sabio.

El hombre, la piedra y la utopía

Cuando el hombre llegó notó que en donde debería estar la piedra había un montículo, casi de su tamaño, de basura. Vasos, botellas, papeles, envoltorios, envases y muchas, muchas buenas ideas que no fueron escuchadas, fueron desechadas y ya se pudrieron. Preocupado, el hombre se deshizo de las ideas (las enterró debidamente post correcto velorio), de los papeles, envoltorios, envases, botellas y vasos. Debajo, naturalmente estaba la piedra, donde siempre.

—Señora piedra, me había preocupado. Por un momento pensé que se había convertido usted en un montón de basura —dijo el hombre, pero la piedra, a pesar de no responder, estaba distinta. No parecía piedra. Parecía basura.

La basura la había contaminado. Las ideas podridas quizá habían derramado su podrido contenido y había desprovisto así a la piedra de todo lo que la hacía piedra. Como si fuera un vaso, una botella, un envase, envoltorio o papel; la tomó y la botó. Debajo entonces descubrió a la tierra bajo sus pies, al mundo que giraba y giraba.

Carlos J. Díaz

—Señora Piedra, me había preocupado. Por un momento pensé que se había convertido usted en un montón de basura.

El hombre, la piedra, y la iluminación

El hombre no preguntó
La piedra no respondió.

El hombre no respondió.
La piedra.
Punto.

CONTENIDO

El hombre y la piedra I	7
El hombre y la piedra II	9
El hombre y la piedra III	10
El hombre y la piedra IV	11
El hombre y la piedra V	12
El hombre y la piedra VI	14
El hombre y la piedra VII	16
El hombre y la piedra VIII	17
El hombre y la piedra IX	19
El hombre y la piedra X	21
El hombre y la piedra XI	23
El hombre y la piedra XII	25
El hombre y la piedra y la mujer.	26
El hombre, la piedra y el destino.	27
El hombre y la piedra (y la mujer) II	28
El hombre y la piedra binaria.	29
El hombre y la piedra y el chisme.	30
El hombre, la piedra y el bloqueo	31
El hombre y la piedra (en el zapato)	32
El hombre, la piedra y el razonamiento.	33
El hombre y la piedra, naranja.	34
El hombre y la piedra, y la razón.	36
El hombre, la piedra y la decisión.	38
El hombre, la piedra y la rana	39
El hombre, la piedra, y la semilla	41
El hombre y la piedra, y la culpa.	42
El hombre y la piedra que se sirve fría.	44
El hombre, la piedra y las redes sociales	45
El hombre, la piedra y el twitter	46

	El hombre y la piedra
El hombre y la piedra y el pingüino	47
El hombre, la piedra y la autoayuda.	49
El hombre y la piedra y el haiku	51
El hombre y la piedra, y la sabiduría.	52
El hombre, la piedra y la utopía	53
El hombre, la piedra, y la iluminación	55

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon y su posterior impresión bajo demanda** el día 30 de abril de 2018, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en el continente descubierto por Cristóbal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero del año 65 en que muere Séneca, gran filósofo de origen hispánico.

www.sultana.com.ve